

Uwe Johnson

Por Mariana FRENK

"Me refiero a la frontera, a la distancia, a la diferencia". Uwe Johnson en El tercer libro sobre Achim.

La frontera que divide a Alemania en dos Alemanias; la distancia entre un lado del muro y el otro; la diferencia entre dos ideologías, dos modos de vivir, dos divisiones de la vida: he aquí la temática de este autor.

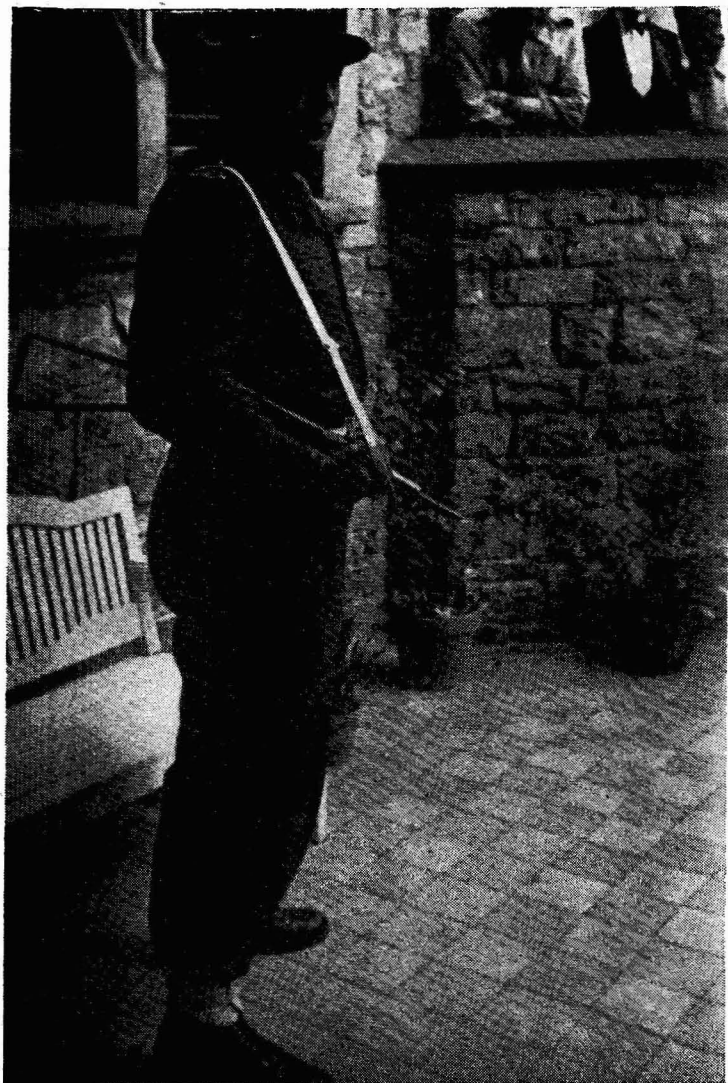
Johnson tenía once años cuando el fin de la guerra lo sorprendió en lo que sería la zona soviética de Alemania. Allí fue a la escuela, allí hizo sus estudios universitarios —de germanística—, de allí salió en 1959. Uno de los motivos que decidieron su "huida" era el deseo de ver publicado *Conjeturas en torno a Jacob*, su libro ya terminado. "Estaba yo seguro de que las autoridades de la Alemania oriental interpretarían mal, como ataque, cómo acusación, lo que era un relato, una explicación..."

Ha publicado hasta ahora tres novelas —no muy extensas, comparándolas con las del otro gran escritor alemán de su generación: Günter Grass—, una novela corta y unos cuantos textos breves. Sus primeras obras —*Conjeturas en torno a Jacob* y *El tercer libro de Achim*— se desarrollan en la zona oriental; la última novela, *Dos visiones*, en ambas partes del dividido país; la novela corta *Una cervecería deja de existir*, en la parte occidental.

Nada más plausible que esperar un rencoroso no del hombre que abandonó a su país o, por lo menos, un sí entusiasta dirigido al mundo que escogió y que le acogió. No hay nada de eso. En una entrevista dijo: "Lo que quiero es: contar una historia, varias historias, que sean nuevas y que sean intere-

santes por su novedad, por las experiencias y conocimientos contenidos en ellas..." En la misma entrevista, cuando le preguntan cómo llegó a escoger el tema de la Alemania dividida (tema eludido por todos los demás escritores contemporáneos), contesta: "Este tema me lo sirven todos los días en el desayuno, sin que necesite leer los periódicos. Ese estado de cosas cambió la vida de mucha gente, también la mía, notablemente, y a veces en un sentido negativo. Y nos va a arruinar si no llegamos a un buen fin". No dice cuál es, en su opinión, el buen fin. Pero la palabra "re-unión" aparece de vez en cuando en sus libros. Seguro que no se le puede reprochar indiferencia ante el destino de su patria —que para él es la Alemania indivisa. En sus libros hay protesta e inconformidad, sobre todo respecto al hecho de la separación. Pero también respecto a muchas otras cosas que lo molestan —ciertos sucesos, ciertas actitudes, cierta atmósfera— de un lado y del otro de la frontera. Y más que protesta e inconformidad, hay duda, escepticismo. Hombre entre dos mundos.

Así sus "historias" no son estampas en blanco y negro. No acusa, ni glorifica. Observa, anota, narra. Su testimonio es sincero y veraz. Ante los hechos políticos que ya desde hace tanto tiempo repercuten en los terrenos de la moral, la psicología, el lenguaje —en todos los terrenos de la vida del hombre—, su reacción es de desconcierto. Duda, escepticismo, desconcierto. Procura ser imparcial, objetivo. Es un insobornable buscador de la verdad. Pero "en la difícil búsqueda de la verdad" ésta retrocede, se esconde, se vuelve nebulosa y relativa. ("Cresspahl diría: parece que casi todos estaban presentes, pero cada uno vio arder una casa distinta, y de cualquier modo las casas no son iguales"— *Conjeturas en torno a Jacob*). Cada hecho tiene



"dos divisiones de la vida"



"ver la realidad que lo rodea"

muchas caras. No es suficiente verlas, hay que pensar qué es lo que significan. Para Johnson escribir es pensar, y pensar es hacer examen de conciencia. Ve la realidad que lo rodea, la hace pasar por el filtro de su razonar y ante el tribunal de su conciencia, y la transforma en creación artística. Sus libros, en que la política, o más bien las consecuencias de la situación política, desempeñan tan importante papel, no son ni carteles de propaganda, ni ensayos políticos. Son obras de arte.

Con *Conjeturas en torno a Jacob Uwe Johnson* cobró de un golpe celebridad internacional. De las tres novelas es la más difícil de leer y en cierto sentido la más interesante.

Sabemos en la primera página del libro que Jacob fue atropellado por un tren, y los comentarios de la gente insinúan que se suicidó. Jacob, ferroviario en posición elevada, es un hombre íntegro, responsable en extremo, de pocas palabras y escasa vitalidad. Su entrega total y casi fanática al trabajo resulta de la posición ética que adopta ante el imperativo categórico del deber, por una parte, y por otra, ante el nuevo Estado, que para él representa la justicia y la razón, después de los crímenes y la sinrazón del Tercer Reich y de la guerra. "Él por su persona había aceptado lo que vamos a llamar 'la esperanza de un nuevo comienzo'; él por su persona quería hacerse responsable de ello, y también de la decisión que esto entrañaba." Vive alejado de la política, hasta que un día "el poder estatal" extiende —literalmente— su brazo hacia él y lo obliga a encargarse de una tarea si no francamente indigna, por lo menos muy contraria a los principios de honradez y lealtad que hasta entonces han regido su vida. ¿Es esta situación en que se ve enredado y el sentimiento de culpa derivado de ella el motivo de su suicidio? ¿Es la imposibilidad de unirse con la muchacha a quien quiere y que abandonó el país de ambos, para vivir en la Alemania occidental, donde él no quiere, no puede vivir...? ¿O no quiere, no puede ya vivir en ninguna de las dos Alemanias, porque el nuevo Estado —quizá— lo decepcionó y ya no cree en su justicia y razón...? ¿Acaso no soportó el haberse convertido, como Uwe Johnson a quien debe su existencia, en hombre entre dos mundos? *Conjeturas*...

El tercer libro sobre Achim es la historia de Karsch, un periodista residente en la Alemania occidental, que visita a una antigua amante suya —Karin— en una ciudad de la zona soviética. Piensa quedarse una semana, se queda tres meses. Ve y estudia las condiciones de vida en el nuevo Estado sin prejuicios occidentales, con curiosidad de reportero. Cuando "el poder estatal" lo invita a escribir un libro sobre Achim, acepta. Achim es un famoso ciclista, orgullo de la República Democrática Alemana, y el amigo actual de su amiga. A Karsch le interesa la tarea de averiguar el porqué de tan extraordinaria popularidad y gloria, de investigar cómo llega alguien a ser un deportista sobresaliente y a la vez el hijo predilecto del gobierno y del pueblo. Pero se tropieza con un obstáculo imprevisto. Lo que encuentra y registra como resultado de sus pesquisas "*à la recherche du temps perdu*" de Achim, a menudo no agrada a las autoridades culturales del país. Le sugieren otras versiones. Hay ciertas cosas que de ninguna manera deben manchar el pasado de un ídolo nacional, pasado que debe ser limpio y, por así decirlo, socialista desde la cuna. Achim le proporciona datos que sólo en parte corresponden a la verdad, y una y otra vez procura retocar su retrato. El malestar de Karsch va en aumento, y cuando algún día recibe en circunstancias harto misteriosas una fotografía de Achim que lo muestra caminando en medio de los rebeldes del 17 de junio de 1953, episodio que desde luego no podrá publicar, renuncia a su propósito, empaca las maletas, regresa a su país. El libro sobre Achim no saldrá.

En *Dos visiones* la construcción del muro de Berlín interrumpe un amorío no muy serio entre "la D.", que trabaja de enfermera en Berlín oriental, y "el joven señor B.", que es fotógrafo de prensa en una pequeña ciudad de la República Federal. La imposibilidad de verse, la dificultad de comunicarse siquiera por escrito convierten sus relaciones de un momento al otro en algo muchísimo más importante de lo que había sido antes. Ambos, gente sin amigos y prácticamente sin parientes, sienten de pronto el peso de su soledad. Pensar en el otro, en la reunión con el otro llega a ser obsesión. Bajo la presión de las circunstancias sus sentimientos alcanzan a veces la profundidad y temperatura de un auténtico amor. Al joven señor B. poco tiempo antes le han robado su coche, para él una pérdida tremenda. Es un hombre inseguro y vanidoso que con la posesión —y la exhibición de ese coche de carreras, de llamativa elegancia, había podido compensar sus fuertes complejos de inferioridad. Además lo hace sufrir un sentimiento de culpa hacia la mu-

chacha, a quien en un momento de debilidad había prometido su "eterno amor". Se siente moralmente obligado a "salvarla", es decir, a ayudarla a salir del país que no le permite salir. Una casualidad lo pone en contacto con un grupo de gente que se dedica a sacar personas de Berlín oriental, mediante trucos ingeniosos que, ante la vigilancia de la policía oriental, hay que sustituir una y otra vez por trucos nuevos y aún más ingeniosos. Es gente idealista, que arriesga su libertad, impulsada por lo que considera su deber ético. Además, a su espíritu de adolescente le gusta la empresa por lo que tiene de juego, de deporte, de aventura. (En la novela corta *Una cervecería deja de existir* la actividad de ese grupo constituye el tema central.) En los días en que se espera en Berlín occidental a "la D.", la tensión nerviosa del joven y neurótico señor B. lo hace obrar de una manera absurda: casi en el último momento se le ocurre encargar en el sur de Alemania otro coche de carrera. Protegido por él se va a presentar en el aeropuerto, para recibir a su novia... El coche, como es de esperarse, no se entrega a tiempo; en el precipitado viaje de regreso le suceden a B. mil contratiempos, el último lo deja, malparado, en una cama de hospital. Allí, en Berlín occidental, lo visita días más tarde la D. Está decidida a buscarse un trabajo; sin embargo le promete al pobrecito reflexionar sobre su propuesta de matrimonio.

Si la intención del autor fue, como lo indica el título de la novela, mostrar los distintos modos de ver el mundo que rigen la vida de un lado y del otro de la frontera, no pudo realizarla. Ni los protagonistas, ni las figuras secundarias son típicos representantes o productos típicos de la ideología de su país. La diferencia entre la D. y el joven señor B. es la diferencia entre una muchacha sana, incluso algo robusta, y un hombre débil y acomplexado. Hay millones de muchachas parecidas a la D. en la República Federal, y también en los países comunistas abundan los neuróticos. En cambio la atmósfera de alarma que reina en la dividida ciudad después de la erección del muro, lo que la gente siente, dice, hace bajo la tremenda impresión —eso está pintado magistralmente.

El tratamiento de los caracteres revela, en comparación con los libros anteriores, mayor atención e interés por parte del autor. Es cierto que esos amantes —no muy amantes— distan mucho de ser figuras inconfundibles, personajes "de bulto redondo" con todas sus dimensiones humanas. Pero se acercan mucho más a la condición de seres de carne y hueso que los personajes de *Conjeturas en torno a Jacob* y *El tercer libro sobre Achim*.

La bruma que tan a menudo cubre el paisaje a orillas del Mar Báltico —terruño de Uwe Johnson, por donde se desarrolla gran parte de *Conjeturas*... — envuelve asimismo a los protagonistas de sus primeras obras y, en *Conjeturas*..., toda la trama. Niebla que hace brotar un clima poético, que crea atmósfera, pero que impide que los personajes cobren volumen humano, perfiles nítidos. A los protagonistas de *Conjeturas*... Johnson nos los presenta en forma de instantáneas. Sin embargo logra ahí que Jacob, Cresspahl, la muchacha Gesine, envueltos en su atmósfera de niebla, rodeados de conjeturas, graben en nuestra memoria sus contornos impresionistamente vagos. Los personajes de *El tercer libro sobre Achim* son sombras o tipos.



"hombre entre dos mundos"

que no individuos. Karsch casi no pasa de ser un señor que está reuniendo material para un libro. (Está más elaborada la figura del Karsch de *Un viaje a otra parte, a cualquier parte*, cuento que resume en forma sucinta la trama de *El tercer libro*... y narra lo que sucede a Karsch ya de regreso en la República Federal.) Achim ni siquiera como tipo está trazado con claridad. No me atrevería a afirmar, sin el temor de cometer una injusticia, que es un perfecto oportunista. ¿Quizá podemos suponer que Johnson, el desconcertado, el gran desconfiado Johnson, desconfía también de la posibilidad de conocer a los hombres desde adentro, de penetrar su esencia; que también ante el alma humana su actitud es de desconcierto?

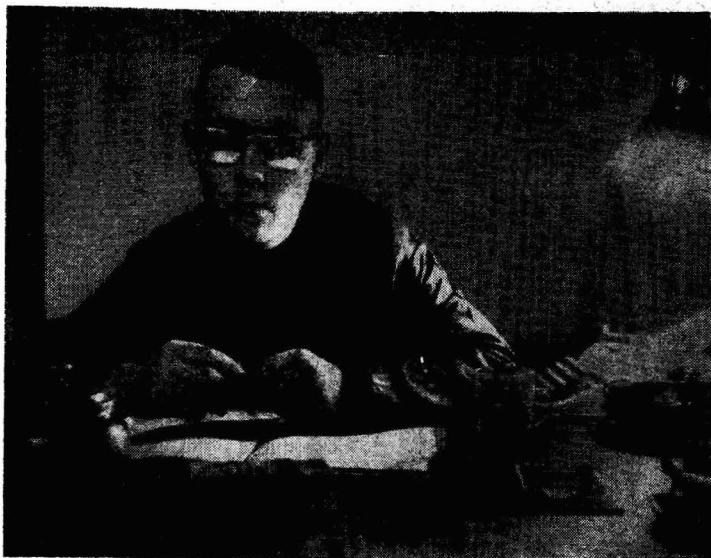
Muy exactas son, en cambio, las descripciones de lo que está fuera de duda aun para ese recalcitrante escéptico: de la entrada y salida de los trenes, la estructura y el funcionamiento de una bicicleta, los quehaceres de una enfermera en un gran hospital, los movimientos de un gato, su manera de observar, inmóvil, el mundo, "con sus ojos estrechos, ardientes"...

Johnson nos cuenta cosas "nuevas, e interesantes por su novedad" acerca de la vida cotidiana en la zona soviética de Alemania. De cómo la gente duerme, come, trabaja, ama, piensa — en fin: vive, en medio de un nuevo orden de las cosas; cómo entre refunfuños o comentarios humorísticos se las arreglan para resistir privaciones y dificultades de orden material, que comparadas con las privaciones y dificultades de la guerra, deben parecerles relativamente insignificantes: suficientes para hablar mal de los tiempos, pero quizá no para desesperarse. Aunque vemos también a los que se desesperan y "se van al oeste". "Lo que a ella le importaba era no tener nada que ver con la lucha de clases, al fin no sabía en qué acabaría aquello". "Había tratado de darle un sentido a su existencia... Pues las circunstancias del tiempo eran tales que uno tenía poco dominio sobre su propia vida y que tenía que responder de algo que no había emprendido." "Y una vez más se referían no a ellos mismos, sino a las malas condiciones del presente actual."

Nunca se acerca más a una interpretación de la realidad. Para interpretar la verdad, habría que conocerla... Las ideas y los discursos dogmáticos del agente del servicio secreto, fervoroso adepto del nuevo Estado, los reproduce *sine ira et studio*, como una realidad al lado de las otras, no más ni menos real que ese "¿Cómo están tratando a la gente!" que exclama el viejo Crespahl, lleno de indignación.

La honda preocupación del autor por el hombre y su destino, su auténtico humanismo, los revelan frases que de pronto iluminan, como rayos, todo un paisaje humano: la situación moral de la generación de Johnson; de esos jóvenes alemanes, hijos de tiempos infernales, que de niños pasaron por las escuelas de Hitler, que de niños conocieron los desastres de la guerra, el hambre y las bombas y la angustia de las huidas. Traumatizados tuvieron que enfrentarse a la dura vida de postguerra. Traumatizados también por las sombras que proyectaba sobre su presente un pasado de inenarrables crímenes (yo no, ¿pero a lo mejor mi papá?). "... se había vuelto a acordar de una vida en que los niños se acuestan temprano y en que se les dice que duerman bien". — "Mis padres no pudieron permitirse el lujo de procrear un hijo, pero cuando al fin me echaron al mundo, porque ya lo quisieron, en el fondo tampoco pudieron permitirse ese lujo. ¿Comprendes que once años antes hubiera yo caído entre los bandidos?... ¿Acaso es improbable que hubiera matado judíos porque me hacía gracia y que hubiera estado muy a gusto en la guerra? ¿Que me hubiera sentido 'la raza de los amos' y todo lo demás por debajo de mí? Tal vez no es improbable. ¿Por qué? Habría ido a la escuela en esos tiempos, esto y aquello habría sido usual: 'nacimos para morir por Alemania'. Y durante un tiempo bastante largo los adultos tienen razón... Tuve suerte. Porque, viéndolo hoy, estoy contento de no haber tenido que ver nada con la guerra. Me parece cómodo que no tuve que acostumbrarme a mi padre. Cayó en la guerra, ¡el matajudíos, el incendiario! Pero digo que eso también a mí me lo habrían podido inculcar. Y si hoy en día alguien... está en contra de todo eso, que no presuma." (*Conjeturas en torno a Jacob*).

De las tres novelas, *Conjeturas en torno a Jacob* tiene la estructura más complicada y más extraña. No sólo está alterado radicalmente el orden cronológico de los sucesos. Las voces de los personajes que dialogan se funden y confunden con los monólogos interiores y con el relato del autor. Éste, por su parte, no es en absoluto el narrador onnisapiente de la novela tradicional. (Un crítico dijo con mucha gracia que parece que nadie está menos informado acerca de los acontecimientos que el autor.) En cambio logra volver activo al lector, obligarlo a una



Uwe Johnson — "insobornable buscador de la verdad"

actividad creadora — "*laisser au lecteur le soin de recréer*", dice André Breton—, estimular su fantasía y su inteligencia, y así lo pone en condiciones de integrar una historia con las piezas refinadamente cortadas y dispersas de este rompecabezas.

La estructura de las obras posteriores es mucho más accesible que la de *Conjeturas*... En *El tercer libro sobre Achim* los retornos al pasado son los retornos al ayer de Achim, una especie de viaje de negocios de Karsch. En *Dos visiones* la trama se desarrolla en forma lineal, tradicional del todo.

Como la estructura de *Conjeturas*..., el lenguaje es asimismo complicado y raro. Lenguaje expresivo, indócil, a menudo pedante y manierista, jamás espontáneo. Con su abundancia de giros coloquiales, de palabras tomadas de la jerga nortealetmana, de voces regionales maravillosamente plásticas, se acerca al lenguaje hablado; por otra parte se aleja del lenguaje usual, busca lo no común, prefiere lo rebuscado al cliché. Lenguaje de cierto sabor arcaico, que a veces recuerda a la Biblia, a veces a Brecht (como muy acertadamente hace notar el crítico Walter Maria Guggenheimer.) Algunos personajes hablan en bajo alemán, otros en una mezcla de alto y bajo alemán, ambos reproducidos fonéticamente; con frecuencia frases en ruso y en inglés se hallan diseminadas por el texto. Las conjunciones se omiten a menudo, o bien se usan conjunciones que a primera vista parecen ilógicas, pero pensándolo bien, logramos seguir al autor por los sinuosos vericuetos de su pensamiento. También hay que aprender a seguir los razonamientos mudos que tan a menudo intercala entre una frase y la que le sigue. Creando palabras compuestas nuevas y sorprendentes, muchas veces poéticas; sustituyendo los prefijos normales de los verbos por otros, inusitados, alcanza efectos de "enajenación". Como uno de sus personajes, "renuncia, con sus alusiones verbales hechas un triple nudo, a la manera tradicional de darse a entender". ¡Esa sintaxis rara, torcida según las necesidades expresivas del autor; esas rupturas bruscas, esas frases sin terminar, esa fusión — en una sola frase — de comprobación objetiva y comentario subjetivo; esos monólogos interiores, en que se amalgaman recuerdos e intenciones, reminiscencias oníricas, discusiones imaginarias, observaciones de la realidad, inventarios morales y sentimentales!

Johnson, pese a lo que dijo graciosamente aquel crítico, conoce sus historias a fondo, y conoce también lo que les precede y lo que les sigue. Antes de escribirlas, las medita largo tiempo. ("No hago antes ningún apunte, reflexiono sobre la historia. Hasta ahora eso siempre me tomaba un año, y cuando me la sé desde el principio hasta el fin, entonces empiezo a escribirla.") Y conociéndolas tan bien, le es fácil contarlas laberínticamente, sin jamás perderse en ellas. Y conociéndolas tan bien, quizá se le olvida a veces que el lector a quien las está contando no las conoce tan bien como él — pero eso no más es conjetura...

No se puede negar que desde su primera novela se ha ido operando un cambio en el lenguaje de Uwe Johnson. (No me estoy refiriendo al hecho de faltar en sus libros posteriores, que ya no se desarrollan en la costa del Mar Báltico, el sabor a bajo alemán, la melodía derivada de los dialectos hablados en el norte y noreste de Alemania.) Se ha vuelto menos excéntrico, lo que no hay que lamentar. Pero en el fondo sigue siendo lo que era en sus principios: un lenguaje "a contrapelo", anguloso; sobrio y barroco, preciosista y popular.

"La prosa más fea que jamás se escribió en alemán", dijo un crítico. Yo diría: una prosa fascinante, de extraño hechizo.